

LA PERSONA COMO CRIATURA AMOROSA

Jesús de la Llave^a

Fechas de recepción y aceptación: 28 de mayo de 2015, 2 de noviembre de 2015

§1. LA IMPORTANCIA DEL AMOR EN EL PENSAMIENTO DE MARÍAS

Es conocida la importancia que en la antropología de Julián Marías se otorga al tema del amor. No hay más que ojear los índices de sus obras para darse cuenta de que reviste capital importancia en su pensamiento¹.

Por eso –y para sistematizar de algún modo este tema– he optado por distribuir estas consideraciones en dos apartados. En el primero haré algunas aclaraciones necesarias de lo que Marías entiende por este concepto. Según él, hoy en día, no se puede dar por supuesto el significado de esta palabra, pues ha sido sometida a algunos abusos. En un segundo momento

^a Universidad Cardenal Herrera-CEU.
E-mail: iesusclau@gmail.com

¹ Baste mencionar, a modo de ejemplo, el nombre de los capítulos relacionados con el tema en algunas de sus obras para apoyar esta afirmación: “La condición amorosa” y “Amor y enamoramiento” en Marías (1983); “Amor y felicidad en la mística cristiana” y “El amor y la pretensión de inmortalidad” en Marías (1989); “Los amigos” y “El amor personal” en Marías (1993); “La radical experiencia del amor” en Marías (1996); “Dios como amor” y “Criatura amorosa en Marías” (1994); o la casi totalidad de su obra *La educación sentimental*. Especial mención merece el Anejo al capítulo VIII titulado “La «Geometría sentimental»”, que encontramos en la Sección Primera de su libro Ortega. Las trayectorias. En él sintetiza el pensamiento de Ortega respecto al amor, haciendo referencias no solo al apartado que recibe también el nombre “Geometría sentimental” en el ensayo de su maestro titulado “Vitalidad, alma, espíritu”, sino también al libro que Ortega dedica a aglutinar su pensamiento respecto a este tema: *Estudios sobre el amor*. De la obra de Raley (1997) puede consultarse así mismo el capítulo VII titulado “Amor y finalidades humanas”, en el que se ofrece un acertado resumen del pensamiento de nuestro autor en torno al amor



presentaré lo que nuestro autor denomina “la radical experiencia del amor”. Afrontaré entonces la realidad de la amistad personal, a la que también dedica abundantes páginas en sus obras. Para finalizar, analizaré el proceso del *enamoramiento*, que es lo que Marías considera como la verdadera experiencia por la que, al igual que con la vocación, se transforma constitutivamente la vida de los hombres.

Para ponernos en situación respecto a la dimensión trascendente que Julián Marías otorga al amor humano puede resultar conveniente ofrecer los comentarios que realiza en una de sus últimas obras respecto a algunos pasajes bíblicos.

En el primero, hace referencia al comienzo del libro del *Génesis* y dice Marías:

He mencionado muchas veces la diferencia en el relato de la creación al llegar a la del hombre. En lugar de fiat (“sea” o “hágase”) instantáneo del acto creador, la expresión, profundamente diferente, “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. El plural –alusivo a la Trinidad– del verbo que sugiere una “empresa” no acabada, el que Dios mismo sea el “modelo” del hombre, *imago Dei*, solo inteligible desde el Dios de quien es semejanza (Marías, 1999: 101-102).

Solo la explicación de esta expresión de la realidad relacional que es Dios y nuestra limitada semejanza a Él como imagen finita del infinito que somos nosotros, sería más que suficiente para supe-

rar el espacio que la revista (SCIO) nos ha fijado para esta sección. Pasaré, pues, a esa segunda cita bíblica que propone Marías y que toma de la primera carta de San Juan: “*Dios es amor*”², “el amor es su *consistencia*, el atributo capital desde el cual se lo puede entender, y que es clave de su relación con el hombre” (Marías, 1999: 102).

Ante el primer texto cabría una pregunta que podría ser contestada con el segundo: ¿en qué consiste esa imagen y semejanza de la que procedemos?, cuya respuesta sería: primariamente, en *amor*:

Se ha pensado siempre en la inteligencia, en la racionalidad, y ello se justifica; pero si Dios es amor, se impone reconocer en el hombre el reflejo o imagen de esa realidad. Antes que inteligente o racional, habría que definir al hombre como criatura amorosa, que se vuelve hacia su modelo, Dios, como Tú, Abbá, Pater (Marías, 1994: 44).

Esta característica de Dios es constitutiva y ello tiene sus consecuencias: “*Dios es amor*. No como pensaría un griego, que el Amor es un dios; ni simplemente que Dios ama, sino que consiste en amor. Si esto es así, su imagen humana sería una *criatura amorosa*” (Marías, 1995: 177).

Luego, el camino por el cual podemos aproximarnos a esa imagen de la que procedemos y que en realidad somos pasa a través del *amor*:

Lo decisivo es el *amor* [...]. El cristianismo condensa todo, “la ley y los profetas”,

² Cfr. 1 Ioann., 4, 8.



en el doble precepto del amor a Dios y al prójimo... Se trata de un amor *efusivo*, que consiste en dar y, sobre todo, en *dar-se*. Aquí encontramos, a escala humana, la imagen del acto creador (Marías, 1995: 177).

Decía al principio que el concepto amor ha sido sometido de un tiempo a esta parte a algunos abusos y que es necesario realizar una previa purificación, si queremos entender bien de qué estamos hablando. Lo que suele llamarse “amor” –decía Marías al comienzo de su obra *La educación sentimental*– está a tal distancia de lo que me interesa en este libro que hay que evitar el equívoco: “Si se examina el estado de la educación sentimental de los pueblos occidentales al terminar el siglo XX, se llega a una conclusión sorprendente: nunca se han dado condiciones más favorables, nunca se han desperdiciado tanto” (Marías, 1992: 273).

Y expone una serie de delimitaciones que, como él mismo afirma, es menester en nuestra época. Quizá en otras no hubiera sido necesario (Marías, 1993: 125). En esta línea se podría decir que el amor no es solo un sentimiento³:

me he opuesto a considerar el amor como un sentimiento –la primera palabra que se ocurre cuando se habla de él–. Por supues-

to, los sentimientos amorosos no están excluidos y acompañan siempre al amor; pero no se lo puede confundir con ellos (Marías, 1993: 137).

Cabe el riesgo también de confundirlo con el sexo.⁴ En ocasiones se relaciona el amor con una sexualidad indiferenciada, múltiple, pasajera y sin importancia (Marías 1992: 276):

Probablemente nuestra época ha llegado a uno de los niveles más bajos durante siglos. La insistencia zoológica en el “sexo”, el predominio del lenguaje más rebajador, confinado a ínfimos registros... ello hace que nuestros contemporáneos, principalmente los jóvenes, se encuentren con un repertorio de interpretaciones prefabricadas que en gran medida condicionan las suyas propias y su conducta misma (Marías, 1999: 127).

A esta situación a la que se ha llegado, Marías (1992: 276-278) la denomina “primitivismo”, que es la antítesis del verdadero amor. Como señala Harold Raley, glosando a nuestro autor,

el amor necesita imaginación, intimidad, personalidad y autenticidad en cantidades generosas y continuas, pero esto va a contrapelo del mundo moderno, que nos empuja a hundirnos cada vez más en lo genérico y lo impersonal (Raley, 1997: 183).

³ A este mismo aspecto se refiere también, de modo más sintético, Marías (1983: 158).

⁴ En este sentido le gusta diferenciar a Marías entre lo sexuado y lo sexual en la persona humana. Todas nuestras acciones podríamos decir que son sexuadas, en cuanto que estamos instalados en nuestro propio sexo. Solo algunas de nuestras acciones son propiamente sexuales. Veremos cómo en el amor sucede algo similar, pudiendo llegar a estar instalados en el amor.



Hemos desenmascarado ya algunas visiones actuales del amor que poco tienen que ver con lo que propone Julián Marías, para quien “el amor, cuando lo es, y no una realidad distinta que usurpe su nombre, acontece en la zona personal de la vida” (Marías, 1999: 137).

Hablar de persona es hablar de *intimidad*, de *corporeidad*, de esa capacidad de “autoposeerse”, de estar entre el interior y el exterior conduciendo nuestra existencia. Es hablar en fin de apertura a los otros, de *dialogicidad*. Pues bien, el modo más claro de explicar la condición amorosa de la persona humana es hablar de su capacidad de dar⁵:

¿Qué significa dar? Otorgar algo a alguien. Si queremos expresarlo de un modo radical, dar en el hombre es la capacidad de darse, es decir, de disponer de la propia interioridad y entregarla a otro. No solo dar lo que es mío, lo que me pertenece, los bienes que tengo –lo hacen también algunos animales al atender a sus cachorros–, sino darme a mí mismo (Yepes Stork, 1997: 18).

Para Julián Marías, esto es el amor, que no consiste ni en posesión ni en fusión. Es algo bien distinto: donación ¿de qué? Ahí reside la mayor originalidad: no de ninguna cosa, ni siquiera de apoyo, servicio, calor humano, sino de uno mismo (Marías, 1993: 148).

Junto con la donación, otra exigencia del auténtico amor es la pretensión de perdurar en el tiempo. En la visión actual del amor, “se ha eliminado el sentido de lo *irrevocable*, que, aparte de pertenecer a la vida humana en su conjunto, es intrínseco al amor, sea cualquiera su destino real; quiero decir que, si no se “siente” irrevocable, *no es amor*” (Marías, 1992: 276).

Para que el amor sea perdurable no basta con desearlo, hay que fomentarlo, no darlo por supuesto. No es suficiente querer que nuestro amor dure toda la vida. Hemos de poner los medios, día a día, para que sea así realmente:

Una creencia muy difundida, funesta en sus consecuencias, ha sido la de que el matrimonio es un “fin”, de tal manera que las historias felices acaban en boda. Esto ha contribuido increíblemente a que se abandone la imaginación, se crea “haber llegado”, se atribuya una estabilidad inerte a la relación amorosa (Marías, 1999: 151-152).

§2. LA RADICAL EXPERIENCIA DEL AMOR

Paso ahora a afrontar el segundo argumento de mi exposición: la radical experiencia del amor.

La vida en ocasiones nos depara lo que Marías denomina “experiencias radicales”. Una experiencia así:

⁵ Este mismo autor, apoyándose frecuentemente en el nuestro, desarrolla ampliamente esta capacidad de donación en uno de sus artículos. Cfr. Yepes (1996).



va acompañada de la impresión de que afecta al quien que es cada uno: algo estrictamente individual, no solo en el sentido de ser “propio”, sino de que es a mí a quien acontece la experiencia, de tal manera que desde entonces, y a causa de ella, soy otro (Marías, 1993: 117).

Se produce una transformación personal. Todo se ve de un modo nuevo, distinto:

Esto es lo decisivo: a raíz de esa experiencia me siento modificado en mi realidad; no es simplemente que “me ha pasado” algo, sino que ha quedado en mí, como algo que me constituye, que está desde ahora incorporado a mi persona, y va a condicionar el resto de lo que iré viviendo (Marías, 1993: 117).

Esto puede producirse, aunque no muy frecuentemente, en las relaciones de amistad y, más intensamente, en el enamoramiento:

¿Qué hace falta para que sea así? Que esa circunstancia (o ingrediente circunstancial) me afecte en mi realidad estrictamente personal, en lo que me constituye como tal yo, es decir, en mis proyectos y, sobre todo, en mi proyecto radical o vocación. Y esto es precisamente lo que acontece con el amor (Marías, 1983: 151).

Para tener un amigo es necesario salir de uno mismo, encontrarse con el otro y esto ocurre de ordinario fuera de los vínculos familiares. La amistad es *elegida*⁶, pero no cabe duda de que hay circunstancias que la favorecen e impulsan. Su origen más frecuente es el *grupo*, entiéndase con ello el escolar, de vecindad, de trabajo, de coincidencia en aficiones, etc.

Pero la verdadera amistad, aunque ha nacido del grupo, no se queda en él. Sale de la agrupación, es:

estrictamente individual, casi siempre entre dos amigos, aunque pueda estar abierta a otros. Es la única que puede tener intimidad, que se sostiene mediante largas conversaciones, interrumpidas también por silencios en que los amigos están juntos—o marchan, o pasean— sin que por ello cese la comunicación (Marías, 1992: 265).

Este tipo de amistades suelen ser las duraderas, aquellas que “en algunas ocasiones se extienden a lo largo de varios decenios, tal vez de una vida” (Marías, 1992: 265).

Es a través del trato como, normalmente, se inicia esta relación de amistad. Cuando las circunstancias lo favorecen, la primera impresión puede llegar a confirmarse y dar así lugar a lo que podríamos llamar “comuni6n de intimidades”. Para

⁶ Muy en relación con este aspecto de la amistad está lo que señala cuando dice que “la amistad es libre, aunque le pertenezca un elemento de *forzosidad*: dos personas tienen que ser amigas, pero pueden no serlo si no quieren; el precio que se paga es el de la inautenticidad, la renuncia a una de las formas de vocación, siempre propuesta, nunca impuesta, a la cual se puede ser o no fiel” (Marías, 1993: 111).



que perdure esa relación es necesario que nunca se den por supuestos. Han de verse como protagonistas de proyectos inacabados. Parafraseando a nuestro autor diríamos que una auténtica amistad no *es entrega*, sino *estar entregándose*. Los amigos “van viviendo del modo que sus vidas fluyen de un modo convergente, lo cual no quiere decir que no haya porciones de ellas que no entran en esa relación” (Marías, 1993: 60).

Cuando nace la amistad es preciso que busquemos puntos y actividades en común. En esas experiencias compartidas vamos descubriendo aspectos del otro que, hasta entonces, estaban latentes y se van abriendo trayectorias comunes que, si se prolongan durante un tiempo largo, forman *nudos* de relación personal (Marías, 1993: 71). Cuando estos se van acumulando, se remansan en una especie de “fondo común” que se constituye como el tesoro de la amistad, al cual se puede recurrir cuando hace falta (Marías, 1993: 76-77) en forma de recuerdo, término este último que procede del latín y que significa volver a hacer presente esa experiencia del corazón.

No es extraño que, habiéndole dado tanta importancia a la amistad, pensemos que la diferencia con lo que ahora vamos a analizar, no puede ser tanta.

El enamoramiento afecta de un modo mucho más profundo. Conviene aclarar, sin embargo, que ambas experiencias radi-

cales no son excluyentes. La amistad puede conducir al enamoramiento⁷, y aunque ese amor tiende a transformarlo todo, no por eso se han de abandonar las anteriores amistades.

¿Cuál es, pues, la peculiaridad del enamoramiento? En *Antropología metafísica*, Marías lo expone explícita y escuetamente⁸: “*El enamoramiento consiste en que la persona de la cual estoy enamorado se convierte en mi proyecto*” (Marías, 1983: 165). Cuando una persona se encuentra inmersa en esta experiencia transformadora “cae en la cuenta de que en adelante la vida incluye a otra persona, sin la cual la propia carecería de sentido, de plenitud, de posibilidad de felicidad” (Marías, 1996: 98-99).

No es que nos proyectemos hacia la otra persona, es que los proyectos propios, desde diferentes perspectivas, son ya de los dos (Marías, 1993: 78-79). Es el *enamoramiento* “aquella situación en que no solo me proyecto amorosamente hacia la persona amada, sino que esta se convierte en *mi proyecto*” (Marías, 1996: 104-105).

Al igual que ocurre con la vocación, en el enamoramiento:

se tiene la impresión de que *sobreviene*; siendo lo más propio e íntimo, en un sentido cae sobre el sujeto desde fuera; lo decisivo es la aceptación de ello, la conversión de ese azar en vocación. El que empieza a amar siente que le ha acontecido

⁷ “Probablemente los amores matrimoniales más intensos y duraderos son los que han resultado de una amistad previa y conservada como parte de su sustancia” (Marías, 1992: 272).

⁸ El texto original aparece en cursiva.



una transformación que no siempre sabe explicar (Marías, 1993: 142).

Aunque parece claro que “el amor recíproco es la forma más intensa de relación personal” (Marías, 1993: 148), parece que esta reciprocidad no es indispensable en el *enamoramiento*, mientras que en la amistad sí resulta necesario que ese sentimiento sea mutuo.

Aparentemente, en cambio, podríamos estar enamorados de otra persona sin que esta ni siquiera lo supiera. Es el caso de lo que suele llamarse un *amor platónico*. Por todo lo que hemos ido diciendo, dudamos de que eso sea un verdadero amor. Podríamos decir que los síntomas son los mismos o muy parecidos: no dejar de pensar en la persona amada, encontrarla en cada rincón de la mente, asociarla con todos los objetos de su imaginación... una especie de *obsesión psicológica* (Marías, 1983: 165). Pero el verdadero amor ha de ser correspondido —no olvidemos que una de sus principales características es su carácter *donal*—. Es un regalo, la *donación de uno mismo*, decíamos. Cuando hacemos un regalo y no es aceptado, de ordinario se produce una frustración: “Si el don que brota de su interior no es reconocido, aceptado y amorosamente guardado en la intimidad del destinatario, sucede algo vergonzoso, la frustración del don, y en consecuencia de la persona” (Yepes, 1996: 1091).

Ya para concluir diremos que la propuesta antropológica de Marías se apoya, como dijimos al principio, en las bases

del cristianismo para quien Dios, que es Amor, ha enviado a su Hijo, que es imagen visible de Dios invisible a fin de hacernos comprender no solo quién es Dios, sino también quién es el hombre: criatura amorosa, imagen de Dios que se realiza a sí mismo plenamente con la entrega de sí mismo a los demás.

La persona podrá aproximarse a su plenitud en la medida en que, con sus actos, imite ese modelo amoroso del que procedemos. En esta vida limitada, nosotros, seres finitos, no podremos llegar a alcanzar hasta la muerte la plenitud de nuestro Modelo que es Infinito. Sí podremos, en cambio, ir asemejándonos a Él, si tenemos en cuenta que “se es más persona en la medida en que se ama más profunda y personalmente” (Marías, 1993: 153).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marías, J. (1983). *Antropología metafísica*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1983). *Ortega. Las trayectorias*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1992). *La educación sentimental*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1993). *Mapa del mundo personal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marías, J. (1995). *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marías, J. (1996). *Persona*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marías, J. (1999). *La perspectiva cristiana*. Madrid: Alianza Editorial.



- Raley, H. (1997). *Julián Marías: una filosofía desde dentro*. Madrid: Alianza Editorial.
- Yepes, R. (1996). Persona: intimidad, don y libertad nativa. Hacia una antropología de los transcendentales personales. *Anuario Filosófico*(29), 1077-1104.
- Yepes-Stork, R. (1997). *La persona y su intimidad*. Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico . Serie Universitaria N°. 48.

